

Guerrero: Porque donde hay muerte, habrá vida

Lo que vivimos hoy en México es la manifestación directa del rostro de un sistema de muerte. Se empeñan en hacernos creer que la vida no vale nada, que por 5 pesos un niño puede "halconear" fuera de escuela mensajeando por su celular el tránsito de posibles enemigos o posibles víctimas, que por 50 pesos un chico de secundaria puede dar la dirección y teléfono de su compañera que quizás mañana sea secuestrada, que por 500 pesos un joven aspirante de sicario acompaña y vigila mientras sucede una ejecución, que por menos de 5000 uno puedo tener un arma para matar, no a uno, sino a una ráfaga de personas que se atraviesen en su camino por conseguir una mejor vida para él y su familia.

Nos quieren hacer creer que la vida no vale nada cuando es más costoso sacar los cuerpos de los obreros enterrados en una mina que ofrecer indemnizaciones a las familias, cuando lo mas que hay frente a un derrame de químicos tóxicos en los ríos que alimentan la vida en las comunidades de Sonora son amonestaciones morales o mínimas sanciones a las empresas, cuando hay cientos de defensoras y defensores del territorio expulsados de sus comunidades, exiliados, encarcelados o asesinados mientras más y más hectáreas del territorio son concesionadas para incentivar el desarrollo económico.

Nos urgen a convertirnos a su creencia cuando en un pueblo de tradición de lucha, de construcción de vías propias para vivir con dignidad, cuando en un pueblo de sobrevivencia como lo es Guerrero, *desaparecen* 43 estudiantes a manos de policías del gobierno sin que, a un mes y 4 días, se sepa aún su paradero, se sepa aún si están vivos o están muertos.

"Guerrero no es un panteón" nos repetimos bajito mientras caminamos por la senda espinosa en la que los comunitarios encontraron más de 17 fosas con cuerpos y sin ellos, de personas cuyas familias se debaten entre la imposición de la creencia de que la vida no vale nada y el dolor de despertar cada día sin una parte de ellos mismos.

"Guerrero no es un panteón, Guerrero no es un panteón" tenemos que recitar en nuestra mente mientras el párroco oficia una misa a orillas de la carretera frente a los restos de lo que la policía oficial llamó huesos de perro, y que en octubre de 2013 los policías comunitarios del Sistema de Seguridad y Justicia Ciudadana de la UPOEG, trasladaron de los cerros al puesto de vigilancia de la comunidad para que, a través de la ropa y artículos personales que se encontraron junto con ellos, la ciudadanía pudiera hacer un reconocimiento.

"Guerrero no es un panteón" pensábamos mientras se mantenían las discusiones con la Secretaría de Desarrollo Social después del paso de los huracanes Ingrid y Manuel, y los servidores públicos encargados de censar los daños decidían no entrar a las comunidades porque *les iba a agarrar la noche y era peligroso*, porque *tenían que andar a pie entre los cerros y era peligroso*, porque *todavía había derrumbes y deslaves y era más peligroso*, y con todo esto la gente seguía viviendo allí, pero era peligroso... "Guerrero no es un panteón aunque estén dejando a las personas morir" teníamos que repetirnos.

"Guerrero no es un panteón y nosotros no seremos sus muertos aunque estén envenenando nuestra tierra y aniquilando nuestra semilla" se escuchaba en una asamblea en Contra de la Reserva de la Biósfera y la minería en la Montaña de Guerrero mientras a la par de la reunión el ayuntamiento repartía semillas de maíz modificado y fertilizante químico para los campesinos.

Y es que GUERRERO NO ES UN PANTEÓN. Aunque durante décadas, no solo ahora cuando la ciudadanía se atreve a desenterrar los cuerpos, la violencia ha sido una avalancha en contra nuestros pueblos para imponernos el silencio de la tierra encima. Reiterada violencia sistémica que ha empobrecido el campo orillando a los campesinos a sembrar amapola y mariguana, a los hombres de las comunidades a migrar, a las y los indígenas a cambiar su lengua y su territorio, a los negros a no tener una identidad reconocida, a las mujeres a ser moneda de cambio...y a nosotros, a mirar indiferentes.

Pero es precisamente, entre la tierra que tiran encima de nuestras hermanas y nuestros hermanos, preciso entre la tierra con la que quieren sepultarnos, que la vida brilla más fuerte que el sol.

Nosotros celebramos la vida y la vida la hemos encontrado en Guerrero, en los pueblos guerreros que durante más de 5 siglos se han empeñado en mostrarnos cuanto vale la vida y cuán ferviente es necesario afirmarla.

La encontramos en las mujeres y hombres indígenas campesinos que saben que para conservar sus territorios tienen que resguardar en comunidad sus propias semillas, cultivarlas e intercambiarlas, enseñar a los niños a cuidarlas y a amar a la tierra que les da cobijo. En los y las jóvenes que recorrieron kilómetros de una comunidad a otra para mantener a los pueblos alerta e informados durante el desastre de los huracanes, en las familias que en ese mismo tiempo compartieron con el resto la poca siembra que pudieron rescatar, en los hombres de las comunidades que comenzaron el trabajo de reconstrucción de las viviendas y espacios comunes dañados con los materiales que les brindó la montaña

y en los niños y niñas que resistieron en casas de campaña o campamentos durante más de un año sin perder la alegría. La encontramos en las asambleas organizadas que dedican horas, días, a informarse y discutir los mejores planes autónomos de conservación de sus aguas, tierras, árboles y sitios sagrados en la montaña. En los pueblos que cansados de ser hostigados por los abusos del crimen organizado en contra de la ciudadanía vencieron sus miedos y se organizaron, en la valentía de hombres y mujeres que el día de hoy mantienen la seguridad en sus territorios. En el coraje de las mujeres afrodescendientes que luchan por recuperar una historia robada.

Nuestros hermanos y hermanas de Guerrero nos muestran, que muy a pesar de las lógicas de muerte, nuestras lógicas de vida se multiplican y alumbran día a día, con sus propias formas organizativas para conservar las semillas criollas, para garantizar la seguridad en los territorios, para afrontar los derrumbes y los caminos destrozados, para alzar la voz ante las constantes amenazas de la minería a cielo abierto, para compartir y disfrutar el mar y la montaña, para recuperar el pasado perdido del pueblo negro, día a día nos enseñan a reafirmar la vida, buscando a sus hijos desaparecidos, exigiendo justicia para esta vida.

Porque la vida florece en Guerrero, porque Guerrero es fuente de vida, por eso hoy más que nunca nos quieren matar.

Centro de Estudios Ecuménicos, A.C.